

EL DISPOSITIVO POPULISTA:

Pueblo, políticos de profesión y crisis de la representación

Fulvio Forte

Università degli Studi di Salerno

THE POPULIST DEVICE:

People, professional politicians and the crisis of representation

DOI: 1017450/160116

La cuestión populista entre la modernidad y la gubernamentalidad

Los estudios politológicos de la categoría *populismo* han interpretado durante mucho tiempo la vaguedad de esta etiqueta en términos exclusivamente negativos, relegándola a las filas de las patologías endémicas de las democracias occidentales. Indagando la naturaleza epifenoménica y los numerosos casos empíricos (desde el Partido Popular al peronismo argentino hasta los regímenes totalitarios), el populismo se inserta en las entradas del pensamiento político como fenómeno específico del advenimiento de la sociedad de masas y como crítica radical al liberalismo. Por ejemplo, los análisis de la psicología social¹ se centran en los procesos de identificaciones irracionales que unen las masas a un líder carismático fomentadas por ideologías antielitistas y peligrosamente antisistémicas. Esta dinámica irracional de la inversión radical interrumpe la racionalidad política moderna sobre la base de dispositivos jurídicos formales de la mediación y de la representación parlamentaria que debe asegurar la estabilidad institucional.

1. Cfr. G. Le Bon, *Psicología de las masas*, Morata, Madrid, 2005.

La figura del líder actúa aplicando una estrategia retórica dirigida a movilizar a la mayoría de un pueblo sugestionable contra la oligarquía de los gobernantes o, en los casos extremos, articula un pueblo-nación unido, paranoico y apoyado en las ideologías adversas a cualquier minoría étnica o política. En otros términos, con enfoque descriptivo², los estudiosos de la masa consideraban el estilo populista como un *síndrome* que golpea el corazón de la modernidad política para instrumentalizar la soberanía popular. El síndrome populista se arraiga en la sociedad civil y fuerza de los mecanismos excluyentes de la soberanía, hiperpolitizando y al mismo tiempo despolitizando la escena política al punto de subvertir los regímenes liberales democráticos.

En el paradigma de la modernidad, por tanto, la ola populista se manifiesta como “corrupción ideológica de la democracia”³ y como peligro demagógico-autoritario siempre al acecho en el interior de los regímenes democráticos. La denigración unánime del populismo⁴ y de la movilización de masas, en tal crisma, está motivada desde el impulso antiformalista que los fenómenos retóricos-populistas provocan contra las clases dirigentes, contra el gobierno de la élite, hasta la erosión de la lógica dualista de la representación moderna. Se trata de una lógica antagonica que hoy descubrimos coincidente con un relanzamiento de la política y una ambigua tentativa de construir un pueblo.

Mas, ¿en qué modo el populismo contemporáneo opera en el nuevo escenario de la *gobernanza* o, mejor, de la gubernamentalidad? ¿Qué cambios invierten el populismo ahora que parece consolidarse aquella “tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina”⁵?

La gubernamentalidad, como el populismo, es desarrollada de modo antitético al liberalismo político, como alternativa para “superar la rigidez típica de la operatividad del Gobierno a lo largo del eje del control soberano”⁶. En otros términos, un Gobierno de prácticas y de estrategias administrativas se ha acompañado del dispositivo moderno de la soberanía “que, no obstante, sobrevive en muchos discursos

2. Para tal propósito cfr. P. Worsley, “El concepto de populismo”, en G. Ionescu, E. Geller, *Populismo: sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969; M. Canovan, *Populism*, Junction Books, London, 1981; y P. A. Taguieff, *L'illusionne populista* (2002), Bruno Mondadori, Milano, 2003.

3. *Ibid.*, *L'illusionne populista*, p. 89.

4. Eso relegaba el término a un campo de imposibilidad analítica: los intelectuales que afrontaron el argumento caen, escribe Laclau, “cualquier actitud necesaria de condena ética –actitud que, como hemos visto, ha estado en la base de muchos análisis aparentemente objetivos”. E. Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pp. 28-29.

5. M. Foucault, *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Fondo de Cultura de Económica, Buenos Aires, 2006.

6. S. Vaccaro, “Governance e governo della vita”, p. 109, in A. Amendola, L. Bazzicalupo, F. Chicchi, A. Tucci, *Biopolitica, bioeconomia e processi di soggettivazione*, Quodlibet Studio, Macerata, 2008.

políticos contemporáneos, ya que se refiere a los conceptos y a las categorías formales, ciudadanía, derechos, identidad, que definen *marcos*, recintos normativos, esquemas rígidos [...]”⁷.

Tras la caída de las grandes ideologías de la década del noventa y con el surgimiento hegemónico del neoliberalismo, como señala Ernesto Laclau, la literatura populista ha caído en un *impasse analítico*, un estancamiento que el mismo filósofo argentino ha afrontado y superado para dar nueva vida al debate y abrir nuevos horizontes teóricos. De hecho, no es posible pensar hoy las razones del populismo descontextualizando el concepto desde la dimensión gubernamental y postfundacional o ignorando las transformaciones profundas de la lógica del poder soberano que ha entrado en el marco de la *gobernanza* y de la globalización. Precisamente, en esta discontinuidad y en tal contexto se mueve nuestro ensayo sobre el populismo.

El populismo del siglo XXI alterna, en sus varias formas y articulaciones políticas, actitudes pragmáticas típicas de la racionalidad neoliberal de resolución de problemas, una cierta retórica xenófoba que conforma el frente antieuropeísta, recuperando discursos identitarios muy preocupantes. De manera más precisa, la nueva derecha da lugar a un renacimiento de la política a través de la crítica del proyecto de la Unión Europea, en particular, manipulando la paranoia identitaria de los que se oponen a la apertura de las fronteras y a las políticas comunitarias de inmigración inclusiva.

Mas, la novedad de la nueva derecha está en evitar, con decisión, el uso de discursos xenofobos, en lo que ha aprendido a ser muy cautelosa. De hecho, anota Alfio Mastropaolo, “la nueva derecha evita generalmente revivir las viejas y desacreditadas teorías sobre la superioridad y la inferioridad de los otros”⁸, en cuanto considera el problema de la inmigración desde el punto de vista de la gobernanza para encaminar la lucha política sobre el plano de la gestión comunitaria y económica de la vida común. Las huellas de la xenofobia extrema van a esconderse en lo *no dicho*, en un cuerpo discursivo fantasmal, sobre todo si, oficialmente, la derecha radical acepta la tesis de la derecha liberal “según la cual la sociedad llega a una condición de equilibrio o dejando a cada plena autonomía perseguir su propio interés privado [...] o bien permitiendo que los más fuertes se impongan a los más débiles”⁹. Por tal razón, los *etnopopulismos*, para sobrevivir políticamente en el paradigma neoliberal, deben redimensionar en modo considerable su matriz racista, tenerla escondida en la profundidad de lo imaginario para no articular

7. A. Tucci, *Immagini del diritto. Tra fattualità istituzionalistica e agency*, Giappichelli Editore, Torino, 2012, p. 117.

8. A. Mastropaolo, “La mucca pazza della democrazia. La destra radical-populista e la politica italiana”, in *Meridiana*, 38-39, 2000, p. 49.

9. *Ibid.*, p. 49.

más cuerpos políticos totalitarios; es la única estrategia permitida para poder participar en el debate de la gestión de la gubernamentalidad neoliberal.

Las consecuencias políticas son profundas: el populismo en la era neoliberal recalca los modos de vida de un *demos* que ya no puede ser un sujeto totalizador y homogéneo, pero que se constituye en una pluralidad de pueblos contruidos según las situaciones contingentes y que dirige sus efectos a una población mediática de la que se pretende consentimiento y mínimo apoyo político.

Sin embargo, la fenomenología del neopopulismo produce hoy, junto a las manifestaciones antigubernativas y antiliberal demócratas, nuevos discursos que forman de manera paradójica “*populismos de gobierno*, que quieren *modernizar* y cambiar también radicalmente el orden jurídico y económico, y hacen palanca sobre el descontento contra la vieja clase dirigente que ha perdido, para administrar el consentimiento sin tener que contratar y mediar con las minorías”¹⁰. ¿De qué manera se estructura la copresencia de populismo gubernativo y antigubernativo? ¿Cómo explicar una ambivalencia similar que parece una aparente contradicción?

El populismo como dispositivo

Recientemente, Nadia Urbinati ha definido el populismo en términos de poder. La politóloga italiana dedica un capítulo entero de la *Democrazia Sfigurata* (democracia desfigurada) al “poder populista”¹¹, afirmando que el populismo representa una “desfiguración” de la esfera pública de la cual emergen fuerzas políticas antagónicas que miran a la obtención voraz del consenso popular, al desprecio de cada proceso democrático. Se presentan, pues, como inaceptables, por un poder similar, las opiniones individuales y las libertades de los individuos al disgregar la unidad del pueblo. En consecuencia, el líder o la formación política que detenta el poder populista encarna simultáneamente la verdadera voluntad popular y domina el espacio de la opinión pública.

En la teoría política elaborada por Nadia Urbinati, una concentración vertical de la voluntad política y del espacio económico, así como de la opinión pública, es inaceptable, en cuanto la politóloga considera una democracia que conversa, en línea con la tradición liberal democrática, aquellos procedimientos que garantizan la reversibilidad de cualquier decisión democrática. En la instalación *diarchica* de la democracia proce-

10. L. Bazzicalupo, “Come in uno specchio. Populismo e governamentalità neoliberale”, en *Cambio*, diciembre 2014, p. 27.

11. N. Urbinati, *Democrazia sfigurata. Il popolo fra opinione e verità*, EGEEA, Milano, 2014, cap. III, pp. 177-230.

dimental, según Urbinati, el populismo hegemoniza sin distinción ambos principios democráticos, la voluntad y la opinión, y cuando este poder logra “su objetivo de dominar el estado democrático”, destruye el pluralismo de las opiniones y la pluralidad representativa de la política parlamentaria, de manera que institucionaliza un “fundamento individual del derecho político”.¹²

El fundamento individual recalcado por la autora alude al proceso de unificación de las masas y el proceso de polarización de la escena política, un escenario donde una parte ambiciona la totalidad afirmando *nosotros la gente*, o bien nosotros somos el *pueblo*, el verdadero pueblo: el populismo es una estrategia “que simplifica las fuerzas sociales”. En efecto, según Urbinati, el populismo adopta dos principios estratégicos que determinan de modo decisivo el estilo populista y su naturaleza performativa, sus prácticas: *simplificación y polarización* de que, en cambio, no se desarrolla “una mayor participación en vez de una verticalización del consenso político”¹³. En esta perspectiva, sin embargo, el populismo reaparece en la lógica de la *reductio ad unum*, operación que hoy encuentra muchas resistencias y obstáculos al sintetizar los deseos cada vez más heterogéneos expresados por las subjetividades deseantes dentro de un espacio político que trabaja en incentivar la representación y formación de identidades colectivas.

El populismo es hoy una forma, un *modo de poder*, muy a menudo no solo político, que invade numerosos campos discursivos en un amplio espectro, decretando una espesa serie de *relaciones de poder* a todos los niveles de la sociedad; en otras palabras, hoy existe un aparato populista, operativo y fuertemente diseminado en todo el campo social.

Todo el espacio discursivo está impregnado de populismo y, por esto, puede ser interesante encuadrar el fenómeno populista como un *aparato de poderes* y cuyos efectos invierten la realidad de la política. Por ejemplo, Frederic Jameson habla del “triumfo del populismo estético” en su libro sobre lo *posmoderno*¹⁴, refiriéndose a la arquitectura y a la producción estético-cultural en general; o bien en las ciencias sociales a menudo aparece la etiqueta de “populismo mediático” o “populismo digital”¹⁵, entre otros, para definir una vasta gama de fenómenos.

Definir el populismo en cuanto dispositivo estratégico no significa, en tal sentido, retornar a un descriptivismo sociológico, pero permite revelar ampliamente sus efectos políticos y, sobre todo, las lógicas que atan este dispositivo a la gubernamentalidad y a la

12. Ibid., p. 230.

13. Ibid.

14. F. Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1989, pp. 11-14.

15. U. Eco, *A paso de cangrejo. Artículos, reflexiones y decepciones*, Debate, Barcelona, 2007.

producción/gobierno de las subjetividades (singulares, colectivas), procesos que crean “el verdadero escenario de la política”.¹⁶

El dispositivo, o el aparato, tienen esencialmente una naturaleza estratégica, lo que significa dar por descontado que se trata de una cierta forma de manipulación de objetivos o fuerzas alcanzadas, desarrollándola en particulares direcciones, arrestándola, estabilizándola, utilizándola, etc.

El aparato es, por tanto, siempre inscrito en un juego de poderes, mas es también siempre vinculado a algunas coordenadas de saberes que nacen de ellos, en igual medida, lo condicionan. [...] Antes que analizar el poder del punto de vista de su racionalidad interior, se trata de analizar las relaciones de poder y el antagonismo de las estrategias¹⁷.

El dispositivo populista, pues, se introduce en una *economía de poderes* que se configura en la actualidad¹⁸ de reportes de fuerza de los cuales se producen prácticas, subjetividades y conflictividades sociales. De la difusión plurivectorial del dispositivo populista, es importante subrayar su estrecha relación con la gubernamentalidad neoliberal¹⁹; a nivel de comunicación política, el dispositivo populista es, sin otro, el estilo retórico más difuso en la era del neoliberalismo.

La política asume una tonalidad populista y anuncia lo “nuevo” para modificar las instalaciones constitucionales sedimentadas. Anunciando lo nuevo, de un lado, ataca a la casta política produciendo presiones antipolíticas²⁰ y, desde otro punto de vista, articula discursos políticos centrados en principios individualistas, desalentando la formación de organizaciones sociales antagónicas. Se trata, en resumen, de un ataque directo y preventivo a los peligros de un “exceso de democracia”²¹. En este registro de prácticas y discursos actúan populismos “paradójicamente de gobierno”. Después volveremos a este punto sobre el impulso desintegrador del dispositivo neopopulista.

La estrategia populista apunta a la simplificación del debate político y repudia cada instalación ideológica, prefiere la pragmática de los que saben responder de manera

16. L. Bazzicalupo, “Come in uno specchio”, p. 29.

17. M. Foucault, “The Confession of the Flash”, in N. Gordon (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972-1977*, Harvester Press, Brighton, 1980, p. 196 y p. 238.

18. “Pertenece a ciertos dispositivos y obramos en ellos. La novedad de unos dispositivos respecto de los anteriores es lo que llamamos su actualidad, nuestra actualidad. Lo nuevo es lo actual.” G. Deleuze, “¿Qué es un dispositivo?”, en varios autores, *Michel Foucault filósofo*, Gedisa, Barcelona, 1990.

19. “El populismo aunque, de una parte, se desarrolla en el camino cultural de la gubernamentalidad neoliberal reflejándose en el rechazo de los sistemas institucionales convencionales y el impulso antirrepresentativo, de la otra, en la práctica reconstruye una subjetividad del pueblo, un *nosotros* de carne y hueso, contra el *ellos* de la abstracta y burocrática casta política y contra el poder opaco e indeterminable que jerarquiza y margina”. En L. Bazzicalupo, “Come in uno specchio”, p. 32.

20. Cfr. A. Mastropaolo, *Antipolitica. All'origine della crisi italiana*, l'Ancora del Mediterraneo, Napoli, 2000.

21. Cfr. S. Huntington, “The Democratic Distemper”, in N. Glazer, I. Kristol, *The American Commonwealth*, Basic Book, New York, 1976.

pronta y discutir cualquier problemática contingente sin profundizar críticamente en las cuestiones de urgencia social. En otras palabras, la injerencia del dispositivo populista obliga a los políticos a ser competitivos en la carrera de los consensos mediáticos y en las encuestas, a formar el propio lenguaje político según las velocidades impuestas por las dinámicas discursivas de los salones mediáticos o de la rápida comunicación en red. La simplificación y polarización de las opiniones políticas producen, por lo tanto, manipulaciones demagógicas de la arena pública, apelando al sentido común o mediante desmitificaciones de los hechos políticos o de la crónica.

En tal sentido, el dispositivo populista connota, sea a la derecha o sea a la izquierda, de manera *fluctuante*, el espacio dialógico de la democracia de nuestros días, dictando el tiempo y la modalidad expresiva, alternando sin discriminación argumentos xenóforos, la retórica neoliberal de la austeridad o meras inventivas antipolíticas, en contraste con la aparente incapacidad de la política actual de organizar una visión y de formar sujetos políticos. Se trata de un efecto producto de la racionalidad estratégica de la gubernamentalidad que ha debilitado históricamente los dispositivos de la representación y de la participación política, poniendo en práctica en los campos sociales nuevas modalidades de gestión de las subjetividades, cada vez más orientadas a las instancias del autogobierno y al rechazo de cualquier mediación representativa. El resultado es que los individuos, por su cuenta, compiten singularmente en la sociedad gubernamental sin organizarse ni fiarse más de las instituciones, por lo que son más gobernados, más orientados en la conducta y menos representados en sus intereses.

En modo análogo, el populismo como dispositivo “gobierna, pues, sobre un público que es un sujeto de opinión”, administra una población de individuos sobre el plano del discurso y de la publicidad del debate político. Su objeto es “un público [que] escenifica sus deseos y se reconoce en ellos. Un público, en suma, visto no solo como sujeto de opinión, sino como un sujeto de deseo”²². La estrategia apunta, así, al consenso estadístico, superficial y mediático de cada liderazgo. El dispositivo populista se dirige a una población más que a un pueblo y, por tal razón, se presenta como técnica de captura del consenso y no más como adoctrinamiento ideológico. Foucault escribe al respecto de tal noción de público y mutación poblacional:

El público, noción capital en el siglo XVIII, es la población considerada desde el punto de vista de sus opiniones, sus maneras de hacer, sus comportamientos, sus

22. S.C. Gómez, *Historia de la Gubernamentalidad I. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 2015, pp. 86-87.

hábitos, sus temores, sus prejuicios, sus exigencias: el conjunto susceptible de sufrir la influencia de la educación, las campañas, las convicciones. La población, en consecuencia, es todo lo que va a extenderse desde el arraigo biológico expresado en la especie hasta la superficie de agarre presentada por el público. De la especie al público tenemos todo un campo de nuevas realidades, nuevas en el sentido de que, para los mecanismos de poder, son los elementos pertinentes, el espacio pertinente dentro del cual y con respecto al cual se debe actuar²³.

En nuestro esquema de poderes, el público cambia su función y su significado político. De hecho, las instancias estratégicas del neopopulismo actúan con el objetivo de capturar las singularidades deseantes, las cuales, con las mismas variaciones, diferencias y regularidades comportamentales, componen el conjunto de la población mediática, la cual es vista como objeto de gobierno y, en consecuencia, no representa una formación política dotada de *praxis* o de actuar político.

El objetivo es gobernar la población, formular con táctica el discurso para que se recojan consentimientos cercanos a un porcentaje lo más vasto posible de la misma población. Un relanzamiento de la política sin un proyecto que constituya nuevos sujetos políticos representables. ¿Y entonces, el pueblo? ¿En un diagrama social en que el populismo se configura como dispositivo, qué posibilidades hay para construir un pueblo? ¿Y, además, si el público ha padecido transformaciones notables, qué cambios han invertido la problemática figura del líder político-populista? En los próximos párrafos, definiremos el dispositivo populista reexaminando algunos conceptos de la teoría política de Ernesto Laclau. Preferiremos, en efecto, evidenciar el componente estratégico del populismo para problematizar la tesis de Laclau que confía el fenómeno populista a la significativa centralidad en la “constitución ontológica del político”. En tal sentido, el dispositivo populista desencadena un abanico de estrategias comunicativas muy amplias y particularmente eficaces en la gestión de las crisis económicas y el consentimiento popular. Eso significa que el populismo en cuanto dispositivo encuentra su fuerza comunicativa y retórica justo en su vaguedad, en su ser un *modus* político *palíndromo*; en otras palabras, gracias a lo *significante flotante*, el discurso populista se disocia de las dicotomías derecha/izquierda, oscila entre tales extremidades para estructurar un lenguaje postideológico de perfecta compatibilidad, o mejor especular, con la gubernamentalidad neoliberal.

23. M. Foucault, *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, p. 97.

Dispositivo populista y pueblo

No es simple definir o localizar los populismos de derecha y de izquierda, ya que precisamente el dispositivo populista obra por un estilo comunicativo falto de fondo ideológico. Es, de hecho, en la vaguedad de los contenidos, en la imprecisión de los programas populistas, que se forma el estilo con la especificidad populista de hoy. El populista organiza su discurso sabiendo cómo convencer más a una población que a un pueblo-nación o a una identidad colectiva bien constituida. Por demás, no está claro, a veces, qué capas o intereses de la colectividad tratarán de representar los líderes populistas, de cuáles batallas políticas se harán cargo, a cuáles pueblos apelarán. Jacques Rancière escribe:

[...] el término “populismo” no sirve para caracterizar una fuerza política definida. Por el contrario, saca provecho de las amalgamas que permite entre fuerzas políticas que van de la extrema derecha a la izquierda radical. No designa una ideología, ni siquiera un estilo político coherente. Sirve simplemente para esbozar la imagen de cierto pueblo. *Porque “el pueblo” no existe.* Lo que existen son figuras diversas, incluso antagónicas del pueblo [...] ²⁴.

Parafraseando a Rancière, *para el populista el pueblo no existe.* Despidiendo cualquier toma de posición, el dispositivo populista obra de manera *palíndroma*, puede construir solo representaciones parciales de un pueblo que, oscilando de manera indiferente entre derecha e izquierda ²⁵, no consolida una fuerza hegemónica coherente, pero da lugar a grupos y formaciones transitorias que fracasan continuamente apretadas por la contingencia. Ningún bloque histórico emerge del espacio político, el pueblo, para decirlo en términos de Gilles Deleuze, *no puede faltar* en la escena política populista; “esbozar la imagen de cierto pueblo”, de hecho, no significa articular o institucionalizar una fuerza popular ²⁶.

24. J. Rancière, “El inhallable populismo”, en A. Badiou et. al., *¿Qué es un pueblo?* (2013), Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2014, p. 120.

25. “El populismo no es un programa político, ni una concesión del mundo, es así una ideología, dado que eso se combina con las concepciones y los programas más variados. Hay un populismo de derecha y existe otro de izquierda. Hay un populismo estatalista y existe otro liberal. Hay populismos autoritarios y otros demócratas. Ante todo, por tanto, *el populismo es un estilo* que, entre infinitas variantes, se basa en la retórica entrelazada alrededor del pueblo”. A. Mastropaolo, *La mucca pazza della democrazia*, p. 51.

26. Referencia a la nota frase “Escribir por ese pueblo que falta [...]”. Cfr. G. Deleuze, *Critica y clínica*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1996, p. 11.

De otro modo, si se considera el pueblo como un *concepto-realidad* que puede manifestarse históricamente y al cual se intenta con desespero dar una *existencia política*²⁷, emerge el carácter de transitoriedad del populismo contra cada tentativa de representación y mediación del sujeto popular²⁸. Cuando hay populismo el pueblo falta, desaparece de la escena política, se pone irrepresentable y resiste al dispositivo moderno de la *reductio a unum*. En tal sentido, como teoriza Davide Tarizzo, a nivel simbólico un pueblo *muere*²⁹ a manos del populismo, su cadáver se vuelve masa despolitizada y pasiva, no muy diferente de un público televisivo³⁰ de fácil manipulación; se puede, pues, monitorear la vitalidad de un pueblo valorando las capacidades que una clase dirigente demuestra en representarlo y conducirlo sin recurrir a estrategias populistas.

Un político actúa de modo populista siempre que él decida adoptar estrategias comunicativas que hacen palanca justo sobre las ambivalencias del *demos*, constitutivamente invadido por una ambigüedad semántica y lingüística que parte su significación entre *plebs* y *populus*. No al azar Gregory Vlastos³¹ creyó que “la ambigüedad de *demos* (*plebs* o *populus*) es una ventaja” para “los adversarios de la democracia”, cuando ellos resaltan las características más bajas del pueblo, es decir, cuando hacen renacer el rostro atávico e irracional de la *plebs*, de la gentuza, de la multitud irracional y sugestionable que aclama al líder de turno.

Por fin, la ambigüedad semántica arraigada en una ulterior variante del arquetipo del *demos* (esta vez representada en la *ethnos*) se manifiesta en tal hipótesis como uno de los determinantes, precisamente, de los etnopopulismos, los que, como hemos visto, “forcluyen”, en términos del rechazo lacaniano, este mismo componente racista para participar en el juego político³².

27. Cfr. G. Agamben, “¿Qué es un pueblo?”, en G. Agamben, *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Pre-Textos, Valencia, 2001, pp. 31-36.

28. “El pueblo en las sociedades pluralistas y postradicionales, las cuales son incluso resultado concreto de la apropiación desde abajo del orden político promesa de la soberanía popular, aparece hoy como un acervo de subjetividad en fragmentos”. G. Preterossi, “Genealogie del popolo”, p. 49 en M. Baldassari, D. Melegari (eds.), *Populismo e Democrazia Radicale: In dialogo con Ernesto Laclau*, Ombre Corte, Verona, 2012.

29. D. Tarizzo, “Massa e popolo: Freud e Laclau”, en *Populismo e Democrazia Radicale*, pp. 53-60.

30. I. Dominijanni, “Populismo Post-Edipico?”, en *Populismo e Democrazia Radicale*, p.165.

31. Cfr. G. Vlastos, “Isonomia Politikè”, en J. Mau, E. G. Schmidt (editado por), *Isonomia*, Berlín, 1964, pp.1-35.

32. A tal propósito, sería interesante profundizar, en otro lugar y momento, en la distinción conceptualizada por Nicolao Merker entre *eticismo* y *etnicidad*: “El etnicismo como ideología de las alteridades radicales entre grupos de individuos es en cambio, a la luz de sus consecuencias, una fácil vía a la que Hobbes llamó la guerra de todos contra todos. Lo enseñan las limpiezas étnicas que constelan nuestro pasado y presente. La *etnicidad*, que no es identidad ideológica, pero sí una comunidad real de lengua, tradiciones histórico-culturales localizadas y patrimonios de ideas históricamente sedimentadas constituye, al revés, un dato con el cual hace falta realizar cuentas en positivo”. N. Merker, *Filosofie del populismo*, Laterza, Roma-Bari, 2009, p. 174.

Y el juego político contemporáneo, en fin, no permite construcciones del pueblo que no sean parciales y contingentes, en cuanto, como bien ha intuido Laclau repensando el eslogan thatcheriano, *la verdadera sociedad no existe*. Hay individuos como, de hecho, hay preguntas distintas entre sí que deben ser articuladas y atadas de manera equivalente. La producción del vacío, del pueblo y, por lo tanto, el relanzamiento perpetuo de una política demócrata que sea radical no puede prescindir de esta imposibilidad de lo social, del hecho de que no se puedan cumplir más síntesis políticas superestructurales, por el simple motivo de que no hay estructuras, mas sí descentralizaciones, fronteras que se mueven y que modifican sin parar los frentes hegemónicos en un terreno político de *indecibilidad*, o bien, de una congénita “indeterminación estructural” que pospone a incansables negociaciones y luchas políticas; solo en un contexto similar se hace política o, mejor, populismo, según Laclau³³. Porque el pueblo no existe, como dijimos antes; pero de este vacío, de esta ausencia, puede articular una trascendencia parcial, una plenitud ausente, una identidad popular. Afirma, perentoriamente, Laclau:

La consecuencia es inevitable: la construcción de un pueblo es la condición *sine qua non* del funcionamiento democrático. Sin la producción de vacuidad no hay pueblo, no hay populismo, pero tampoco hay democracia. Si agregamos a esto que el pueblo [...] no está esencialmente limitado a ninguna matriz simbólica particular, hemos abarcado en todas sus dimensiones el problema del populismo contemporáneo³⁴.

La producción de la vacuidad es una *reductio ad unum* que se forma consciente de su parcialidad, de su contingencia, interpretando la elasticidad del populismo como una ocasión beneficiosa a fin de una renovación de la estrategia socialista³⁵. Al no poder confiar en una matriz simbólica fuerte, la operación de Ernesto Laclau trata rearticular la lucha, generando un cortocircuito en el impulso palíndromo del dispositivo populista a

33. Cfr. E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

34. E. Laclau, *La razón populista*, p. 213.

35. A tal propósito, escribe Yves Surel: “contra la idea según la cual el populismo representa un *trend*, relativamente estable y coherente, de la nueva derecha radical, queremos defender la idea de que eso no corresponda a una familia política, pero corresponde, si acaso, a una dimensión del registro discursivo y normativo adoptada por los actores políticos. El populismo es como un conjunto de recursos disponibles por una pluralidad de actores, de manera más o sistemática”. Ver Y. Surel, “Berlusconi, leader populiste?”, in O. Ihl, J. Chene, E. Vial, G. Wartelot (ed.), *La Tentation Populiste en Europe*, La Découverte, Paris, 2003, pp. 113-129. Además, en la necesaria reformulación de la estrategia socialista, Laclau y Chantal Mouffe escribieron: “La tarea de la izquierda no puede por tanto consistir en renegar de la ideología liberal-democrática, sino al contrario, en profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia radicalizada y plural”. Cfr. E. Laclau, C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (1985), Siglo XXI, Madrid, 1987, p. 291.

partir del propio discurso, de la comunicación y de la “mediaticidad”; nos encontramos frente a una operación teórica que vuelve a reactivar un antagonismo político sobre el plano del discurso, una acción política que reacciona de frente a la frontera institucional neoliberal que disgrega las preguntas populares, satisfaciéndolas de manera singular y manteniéndolas heterogéneas y desconectadas.

Magistralmente, Laclau renueva el análisis por pensar el populismo en cuanto *lógica política*, en un espacio discursivo en el que las solicitudes no son atendidas bajo la presión de los frentes más hegemónicos. Las identidades populares, por lo tanto, se vuelven más inestables en la medida en que se hacen más visibles las dificultades de un significativo vacío en la representación de una plenitud radical.

En este sentido, Laclau introduce la categoría de *significantes flotantes* para explicar la lógica del movimiento de las fronteras antagonicas en los períodos de crisis orgánicas³⁶. Un ejemplo proporcionado por el filósofo argentino es de suprema utilidad para comprender el funcionamiento concreto de significantes flotantes. Este es el caso en relación con el *Frente Nacional* francés de Marine Le-Pen:

Con el colapso del comunismo [...] la división entre izquierda y derecha se desdibujó cada vez más. Sin embargo, la necesidad de un voto radical de protesta permaneció, y como los significantes de la izquierda habían abandonado el campo de la división social, este campo fue ocupado por significantes de la derecha. La necesidad ontológica de expresar la división social fue más fuerte que su adhesión óptica a un discurso de izquierda. Esto se tradujo en un movimiento considerable de quienes fueran votantes comunistas hacia el Frente Nacional³⁷.

Esto quiere decir que, dentro de una sociedad cada vez más diversa e *imposible*, los lazos libidinales y el apego emocional no se expresan en la estructura ontológica de la realidad (el partido), sino en aquel significativo vacío, ese elemento que se despliega, representa y encarna la naturaleza ontológica de la política, la *plenitud ausente* en la que un sujeto popular *invierte radicalmente*. En este sentido, la categoría de los significantes flotantes explica a la perfección los casos aparentemente paradójicos de izquierda-lepenismo³⁸; en nuestra opinión, este es uno de tantos ejemplos notorios del carácter fluctuante-palíndromo del dispositivo neopopulista.

36. E. Laclau, *La razón populista*, p. 166.

37. *Ibid.*, p. 115.

38. A tal propósito, Cfr. Y. Mény, Y. Surel, *Populismo e Democrazia*, il Mulino, Bologna, 2001.

En última instancia, el populismo laclauniano es una lógica política que apunta, en primer lugar, a la subversión de un *statu quo* preexistente y, posteriormente, a la reconstrucción de un nuevo frente hegemónico en el que la *plebs* realiza a plenitud la identificación con su totalidad ideal, el *populus*. Por este motivo, la “razón populista” puede funcionar y operar solo en el caso en que el sistema institucional no presente “un mundo de prácticas sociales” en gran medida sedimentadas; solo para estas condiciones, “la reactivación implica la dimensión de la movilización”³⁹.

Por esta específica razón, Laclau sostiene que no solo “no hay pueblo” en Italia, sino “que hay poco populismo”⁴⁰. Según el filósofo argentino, la situación política italiana muestra cómo un uso demagógico de la retórica populista no se corresponde necesariamente con una profundidad hegemónica, en vez de ello: cuando el populismo se convierte en sinónimo de una “demagogia trivial”, la retórica conduce a una pasividad de la gente, que revela el carácter cínico y manipulador del discurso populista⁴¹.

En este contexto, los medios de comunicación tienen con facilidad razón de una política “autorreducida a mera técnica de gobierno”, solo porque (recordamos también el carácter “retórico” del populismo) “la política pierde su propio idioma y sus propias prácticas comunicativas específicas”. La función ineludible de la representación social se mueve, entonces, a los medios de comunicación, que no se limitan, sin embargo, a jugar un mero rol de sustitución, sino, en cambio, activan una profunda reconfiguración de las formas, de las prácticas y de los actores de la política.

Por lo tanto, la transformación progresiva del pueblo en público televisivo se desarrolla a través de algunos vehículos importantes, “el ágora televisiva en lugar de la participación, el entretenimiento –o, mejor dicho–, de *infotainment* (información y entretenimiento) de la ‘gente’ en vez de organizar la movilización popular, el líder-personaje en lugar del líder carismático, la feria de opiniones en lugar del conflicto político estructurado”⁴².

En el populismo de los medios masivos de comunicación, de particular interés, también aparece el cambio resultante de los términos de “conflicto hegemónico sobre la significación”, es decir, si bien de manera adecuada y administrado por los medios de comunicación, con las partes cada vez más tan pálidas como fantasmas, intelectuales orgánicos cada vez más confusos y componentes casi indistintos de una “audiencia del

39. En este caso, Laclau se refiere a dos distinciones de la fenomenología husserliana (sedimentación y reactivación). “Lógica y estrategia del pueblo. Entrevista a Ernesto Laclau”, en *Populismo e democrazia radicale*, p. 13.

40. *Ibid.*, p. 14.

41. E. Laclau, *La razón populista*, p. 238.

42. I. Dominijanni, *Populismo Post-Edípico?*, p. 165.

trabajo intelectual mucho más amplia y compleja”⁴³. Por lo tanto, no es absurdo imaginar que, en el origen de esta forma de populismo, no solo hay una crisis de la representación democrática, sino también una crisis de pueblo-intelectuales y de la dialéctica política en el sentido gramsciano.

Un análisis de las últimas dos décadas se perfila, por consiguiente, como otra posible génesis o clave de lectura de los fenómenos populistas. El populismo, en otras palabras, podría ser, en un contexto histórico determinado, el síntoma más evidente de una crisis temporal de los mecanismos de la democracia representativa, la crisis exacerbada por una relación inapropiada entre los intelectuales y el *pueblo-nación* teorizado por Antonio Gramsci:

El elemento popular “siente”, pero no siempre comprende o sabe. El elemento intelectual “sabe” pero no comprende o, particularmente, “siente”. Los dos extremos son, por lo tanto, la pedantería y el filisteísmo por una parte, y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. [...] Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos –entre gobernantes y gobernado–, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), solo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; solo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el “bloque histórico”⁴⁴.

Precisamente, el “vínculo de dependencia” se ha debilitado en el diálogo entre los ciudadanos y las instituciones, en la relación entre la clase política –siempre más corrupta y desinteresada por las necesidades sociales, así como incapaz de emprender la construcción de la vida en común (o, en términos gramscianos, de *la vida juntos*)– y el sustrato popular. Las razones de esta crisis de representación se encuentran no solo en los mecanismos disgregantes que están fragmentando las instancias sociales, sino también en algunas transmutaciones contemporáneas que han invertido la figura de los caudillos, de los líderes que, en una situación de *populismo postedípico*, mantienen un vínculo con las masas y con personas muy diferente al que se estaba instaurando –a veces también por el trámite de una modalidad inquietante– durante la modernidad.

43. Ibid., p. 166.

44. A. Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, pp. 123-124.

En específico, veremos cómo la nueva clase de políticos populistas detonadores con las masas, mediáticas y no mediáticas usa procesos de identificación colectiva y consigue modificaciones en el rol del liderazgo y en las dificultades relevantes para la formación de uniones sociales.

El líder neopopulista y la disgregación del pueblo

Para ser aparato utilizable por el caudillo han de obedecer ciegamente, convertirse en una máquina, en el sentido americano, no sentirse perturbados por vanidades de notables y pretensiones de tener opinión propia. [...] Es este justamente el precio que hay que pagar por la dirección de un caudillo. Solo nos queda elegir entre la democracia caudillista con “máquina” o la democracia sin caudillos, es decir, la dominación de “políticos profesionales” sin vocación, sin esas cualidades íntimas y carismáticas que hacen al caudillo⁴⁵.

En esta profecía weberiana, es posible notar un deslizamiento ocurrido en las democracias occidentales a través de la persistencia del dispositivo populista. La de nuestros días, de hecho, es una democracia sin caudillo carismático, bajo el dominio de políticos de profesión o, más correctamente, la democracia actual está invadida y desmitificada por políticos *populistas de profesión*. En tanto que la nueva casta no es invertida por los procesos weberianos de burocratización, en el sentido de que en la actualidad no forman un aparato político-administrativo, incluso es verdadero que los populistas de profesión ya no viven más por una causa política o por un ideal, de ello no hay un ningún líder que encarne algún ideal. En efecto, para Max Weber: “Hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive ‘para’ la política o se vive ‘de’ la política”⁴⁶. Vivir “de” la política en las democracias contemporáneas significa fijarse en la actividad política como una fuente estable de ingresos y, para este objetivo, el populismo parece una estrategia comunicativa eficaz, que ayuda a conservar “presencialidad” y popularidad, poder y estatus económicos envidiables.

De la casta de los políticos de profesión parece improbable que emerja una figura mesiánica, un líder idealizado, en cuanto un discurso político de tonos demasiado enfáticos, a menudo conduce a ridiculización de parte de la opinión pública, en especial en una sociedad mediática como la nuestra. Por esa razón, en Laclau la “singularidad”

45. Cfr. M. Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 150.

46. *Ibid.*, p. 95. Y Weber continúa en p. 96: “Vive ‘de’ la política como profesión quien trata de hacer de ella una fuente duradera de ingresos; vive ‘para’ la política quien no se halla en este caso”. M. Weber, *El político y el científico*, p. 96.

del líder aparece indispensable para la construcción hegemónica del frente populista cuando esta “individualidad” funciona simbólicamente como “nombre del líder”, desencarnada de cada particularidad ontica, porque es elevada “a la dignidad de la Cosa”⁴⁷. Es a partir del lenguaje, de la resonancia de una palabra-significante que se articula a las fuerzas y reivindicaciones contrahegemónicas; sin embargo, “en el tiempo de la crisis del Nombre-del-Padre”⁴⁸, el mecanismo de sublimación e identificación política de la modernidad pierde su eficacia.

La desaparición del carisma del caudillo ya es testimoniada por el hecho de que los políticos contemporáneos no son intocables o eximidos de críticas y escarnios. Lo que caracterizó el liderato carismático fue el carácter sagrado de la figura paternal y monstruosa, imponente e inalcanzable⁴⁹. En tal sentido, el mecanismo de la delegación, del apoyo incondicional al caudillo de parte de las masas, ocurrió por procesos de identificación que se consolidaron en uniones libidinales fuertes o, en los casos totalitarios, casi fideístas. En efecto, Nicolao Merker escribe:

La mitología del Caudillo actuó en muchos niveles. Mientras tanto, la delegación de cada cosa al Caudillo expresó perfectamente la actitud de antipolítica conatural al populismo. Luego funcionó como antídoto al liberalismo europeo, sellado como negación mecánica de los valores verdaderos del espíritu. La delegación tuvo, por tanto, también presuntos contenidos de espiritualismo que le otorgaron *sacralidad*⁵⁰.

Con la desaparición de una cualidad de insustituible y una potencia mesiánica por parte del Caudillo, la consolidación progresiva del “dominio de los políticos de profesión” reduce la credibilidad del liderazgo a hechos periódicos de *responsabilidad* y de rendición de cuentas del obrador político, una prudencia que en la intuición populista no prevé tampoco comportamientos de extremado rigor y responsabilidad; el objetivo primario es, de hecho, el mantenimiento del cargo, de la posición profesional alcanzada. De otra parte, un liderazgo populista contemporáneo siempre es *reversible* y sus even-

47. E. Laclau, *La razón populista*, pp. 128-130.

48. D. Tarizzo, “Populismo: chi starà ad ascoltare?” en E. Laclau, *La ragione populista*, tr. it., Laterza, Roma-Bari, 2008, p. XXVII.

49. En términos freudianos: “El conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial”, todavía es aquella figura inatacable que domina de manera incontrastable sobre la “comunidad de hermanos”. S. Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” en Id., *Obras completas. Volumen 18 (1920-22). Más allá del principio de placer Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992, pp. 116-121.

50. N. Merker, *Filosofía del populismo*, pp. 132-133.

tuales quiebras políticas no son advertidas por los partidarios como derrotas históricas lacerantes. Además de eso, el líder neopopulista se ha enfocado en preservar cierta visibilidad mediática o en conservar una popularidad consensual que le permita perpetuar, precisamente, su profesión.

Por demás, no hace falta recordar que los mecanismos de identificación respecto a un líder carismático obraron por procesos inconscientes, como ha sido descubierto por Freud en *Psicología de las masas*. La teoría freudiana, en efecto, explicó la unión de una masa con el propio líder mediante un “análisis del yo”, subrayando cómo los individuos singulares, asociados en una masa, no estuvieron solo sugestionados y contagiados por una aclamación unívoca por el jefe/caudillo, sino que en realidad ellos experimentaron individualmente un enamoramiento simultáneo y una inversión libidinal respecto a una idealización del yo, en este caso el líder carismático.

Ahora, sobre esta dinámica inconsciente rara y al mismo tiempo colectiva, para explicar la unanimidad y la agregación de la masa en la aclamación, Freud utiliza un concepto de William Trotter: *el impulso gregario*. El impulso gregario, revisado teóricamente por el psicoanalista vienés, funcionó por un principio psíquico que obligó a los miembros, por egoísmo, a *agruparse entre ellos de manera igualitaria*, para elevar el tamaño sobresaliente del líder, para soportar la superioridad de otro modo aplastante del ideal del yo. Freud escribe:

La primera exigencia de esta formación reactiva es la de la justicia, *el trato igual para todos*. Conocidas son la vehemencia y el rigor con que esta exigencia se expresa en la escuela. Si uno mismo no puede ser el preferido, entonces ningún otro deberá serlo. [...] Pero no olvidemos que la exigencia de igualdad de la masa solo vale para los individuos que la forman, no para el conductor. Todos los individuos deben ser iguales entre sí, pero todos quieren ser gobernados por uno⁵¹.

¿Qué ocurre, en cambio, en la relación identificativa con un líder neopopulista? Los procesos de identificación no emergen por verticalización edípica, mas sí por “semejanza fraterna”; en cuanto al líder populista, Nietzsche diría que los individuos le reconocen, ya que él posee “[...] todas las cualidades del vulgo: cuanto menos se sonroje, más popular será”⁵². No vale una identificación por “ideal”, pero se establece una relación en que “los individuos mantienen el propio narcisismo, el justo imaginario

51. S. Freud, *Obras completas*, pp. 114-115.

52. F. Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1986, p. 281.

de autorrealización y autogestión”; en la escena populista no triunfa la igualdad de las singularidades, sino las diferencias solitarias de una simple “suma de singularidad”⁵³.

El líder habla a las individualidades, ya no más a la colectividad, disgregando, de hecho, al pueblo, el cual *falta*, ya que en la inexistente sociedad neoliberal todos son, en el fondo, líderes o tienen que ambicionar la subjetividad del éxito, de ser objetivos, tanto en la actividad profesional como en la vida misma. Esta falta de pulsión de agregación es uno de los problemas más importantes del populismo contemporáneo.

El liderazgo populista, además, no tiene que escuchar, dado que en sí mismo está para crear, a través de los dispositivos de la gubernamentalidad, los deseos del pueblo, coincidentes a la perfección con los del líder, siendo inducidos a través de manipulaciones del *imaginario popular*. Para concluir, es oportuno llamar de nuevo a algunas incertidumbres, avanzando sobre las dudas. ¿Hablar de populismo en términos de dispositivo no lleva, en cierto sentido, a correr el riesgo de transformar un fenómeno particular en una categoría política demasiado vasta y excesivamente omnicomprendiva?

Además, ¿aunque el obrar del dispositivo populista se refleja en otros dispositivos de la gubernamentalidad, no es este el caso de reconocer que el populismo, bien o mal, reintroduce en la política la posibilidad de articular nuevas conflictividades sociales? Analizar la razón populista en cuanto dispositivo permite evidenciar las ambivalencias y las contradicciones, la incidencia que esta lógica reviste dentro de los discursos de poder y, por lo tanto, de producir análisis del presente.

Pero si consideramos el populismo como un dispositivo a nivel microfísico y a nivel hegemónico lo consideramos como una articulación, es también verdadero que esta estrategia puede favorecer la creación de nuevas subjetividades políticas que, habiendo comprendido las dinámicas y las ambivalencias, puedan ocasionar un cortocircuito en el dispositivo para utilizarlo justo en pos de sus ventajas. De otra parte, precisamente gracias a algunos elementos populistas, a la “dicotomización” del espacio político y a la radicalidad de sus propuestas, se ha logrado formar una agregación política de particular incomodidad.

Por tanto, es necesario curar y reactivar las capacidades creativas del imaginario popular, partiendo de un discurso hegemónico, de matriz populista o no, llevado adelante por una clase política tan novedosa como atrevida. La tarea urgente de la política que viene impone una organización del descontento y el malestar que articule nuevas fuerzas institucionales, nuevas prácticas que ensalcen al significante sin permitir ma-

53. L. Bazzicalupo, “Come in uno specchio”, p. 33.

yores vacíos. Si resulta imposible quitarse las camisas de la locuacidad, el nuevo frente hegemónico no puede entrar en conflicto sin representar a las minorías, o mejor, no puede participar en el conflicto hegemónico sin proponer un proyecto político contingente que intente rearmar una relación de representación condicionada por la necesidad de dar voz a las partes de la sociedad que han sido excluidas de la vida juntas, de la vida en común.

Traducido del italiano por G. E. Calderón Mendoza